BIOGRAFÍA DEL DR. JOSÉ A. MALBERTY

Nació: 5 de Julio de 1854. Baracoa, (Oriente)

Murió: 6 de Marzo de 1927, Habana.

POR EMILIO TEUMA,

En la importante publicación española, «Anales Hispano-Americanos» pocos años ha, leíamos: «Con ser muchos y admirables los prestigios de la intelectualidad cubana, pocos serán en verdad los que puedan competir con los simbolizados por la eximia personalidad cuyo nombre va encabezando estos renglones, y que con razón puede ser reputada como una de las glorias más legítimas de su nación».

Al doctor José Angel Malberty aludía el periódico madrileño cuando así, —aquilatando los méritos de nuestro compatriota— hablaba.

Esas palabras expresan en justiciera síntesis, el concepto en que, para honra de Cuba, es tenido fuera de su patria el hombre cuya biografía, en compendio breve, resolvimos agregar a estas páginas.

Nos sobran deseos para acometer la labor paciente, dilatada e intensa, de estudiar y exponer la obra proteiforme del doctor Malberty; pero el empeño es tan grande, requiérense fuerzas tales y conocimientos tan diversos, para salir, aún medianamente victoriosos de la empresa, que sintiendo la debilidad de nuestras alas, deplorando la penuria de aptitudes que nos rinde, abandonamos la tarea, en el alma clavado el puñal doblemente doloroso de la impotencia y el anhelo trunco, —dejando que más adelante otros mejores dotados, dueños de mayores bríos, y timoneados por el mismo entusiasmo que nosotros experimentamos— lo que no será difícil porque la causa lo engendra— realicen el trabajo de mostrar, toda entera, la vida fecunda, noble, ejemplar, del doctor José A. Malberty.

El lector amable preferirá, sin duda, porque ello es lo interesante, la presentación escueta de los hechos más sobresalientes, ahorrándose la lectura de algunos párrafos, como nuestros, desaliñados.

En la primitiva capital de la Isla de Cuba, Baracoa, nació nuestro biografiado el año de 1854. Muy pequeño, en 1866, le llevaron a España, donde estudió el bachillerato, graduándose de Licenciado en Medicina y Cirugía. (Universidad de Barcelona, 1875).

La histórica ciudad fue más tarde testigo del éxito de su joven hijo que obtenía en lid reñida la plaza de médico forense.

Como el Centro Cultural Hispano, la universidad habanera vistió al doctor Malberty con la propia toga.

Figuraba nuestro biografiado en la vanguardia del separatismo (1879) y ocupándose estaba en los preparativos de la llamada «Guerra Chiquita», —y en ella iba a ser el jefe de la Sanidad Militar de Oriente— cuando fue denunciado, logrando escapar del arresto merced a una barca de vela que después de una borrascosa travesía, cuya duración excedió de dos semanas, lo depositó en la costa neoyorkina.

El delegado de Martí, en aquella patriótica aventura, Pedro Martínez Freire, fue preso en la Perla del Sur, portando ya la orden —y proponiéndose señalar el día— para la sublevación.

Terminada la guerra, el general Blanco no permitió al doctor Malberty que regresara a Baracoa, y confinado éste en La Habana obtuvo, mediante concurso, el puesto de médico tercero del Hospital de Mazorra, donde su vocación a la Psiquiatría cobró mayor firmeza, ganando, tras riguroso escalafón, la plaza de director del establecimiento, de cuya posición se le despojó por un decreto de la reina regente de España, firmado en San Sebastián (1894) a propuesta del ministro Romero Robledo. Dicho decreto, que declaraba en suspenso el Reglamento de Mazorra, (aprobado por el Consejo de Estado, acuerdo que tan sólo la reina podía violar) disponía que «por conveniencias del servicio» cesara en sus funciones directoras el valioso médico, encomendándosele la Superioridad a un jefe de administración.

Se ocultaba el móvil de la Real Orden; no era conveniente presentar la verdad, exponiéndose que la sustitución del mencionado facultativo en el mando supremo del referido hospital obedecía a su condición (indudable) de separatista.

De esto último daba pruebas inmediatamente, pues le hallamos conspirando en unión del ilustre Juan Gualberto Gómez, del valiente Lacret, de José María Aguirre, del glorioso Rabí, de Serafín Sánchez, de Moneada, Collazo, Roa... sosteniendo constante correspondencia con el invicto lugarteniente general Antonio Maceo, de quien era particular amigo desde la intentona de 1879.

Viéndose obligado a dejar el patrio suelo, el señor Malberty, emigró a la República de Juárez, y en la escuela de Medicina de México revalidó su título, desarrollando ante el jurado la tesis «Tratamiento sugestivo de la locura», en cuya labor había obtenido y continúa alcanzando preciosos triunfos; de tal modo, que el doctor Arístides Mestre, figura prominente de nuestro mundo científico, le señala en la Revista Médica Cubana: «como uno de los alienistas que más se han distinguido por su espíritu práctico, por su vasta experiencia clínica» y que —añade el mismo reputado profesor— «a expensa de sus propias fuerzas llegó a conocer la especialidad y a dominar moralmente a esos desgraciados enfermos, penetrando profundamente su difícil psicología».

Conspirador activo, luchador infatigable en pro de las libertades patrias, nuestro biografiado prosigue sus tareas en tierra azteca, donde se le otorga merecida recompensa a sus servicios y extraordinarias condiciones de carácter y de guía, la presidencia, (desempeñada hasta su regreso a Cuba) del club patriótico «Bartolomé Masó»; cuyos libros de actas y de tesorería se hallan en nuestro Archivo Nacional, siendo los únicos en su clase, a juzgar por nuestras investigaciones, que figuran en dicho Centro, para consulta en lo futuro de los amantes de la historia patria.

La importante revista «Cuba y América» del notable escritor, que es orgullo de la intelectualidad nacional, señor Raimundo Cabrera, en líneas encomiásticas consideró al hombre cuya biografía esbozamos: «como el jefe de la colonia cubana», auxiliar ella tan estimable de nuestra causa, propagandista fervorosa de nuestra emancipación.

Concluida la Guerra de Independencia, el doctor Malberty retornó a La Habana, donde el Gobierno Interventor le confió un puesto en la Junta Consultiva de Beneficencia, adscripta a la Secretaría de Gobernación —desempeñada por el general Domingo Méndez Capote, vicepresidente de la República en Armas, y luego ocupador del mismo cargo en la paz.

En esta época es cuando comienza la nueva serie de sus iniciativas fructíferas; se ocupa en la organización de nuestros hospitales, sobresaliendo entre sus trabajos, el informe aquel —que aprobó la Junta—, comprobando

las irregularidades y malversación de fondos públicos realizadas por la Junta de Patronos del Hospital Civil de Pinar del Río; hechos patrióticamente denunciados por el culto director de esta institución, señor Solano Ramos.

A petición del general Ludlow, siéntase como concejal en el Ayuntamiento habanero, presidido entonces por el señor Perfecto Lacoste.

La Junta de Salubridad, (cuya secretaría le fue encomendada por el jefe superior de Sanidad Militar de los Estados Unidos, Mr. W. Gorgas, de grata recordación) fue campo propicio para el desenvolvimiento de sus actividades, revelando sus amplios conocimientos en materias sanitarias y demostrando sus plausibles condiciones de organizador. Electo representante el doctor Malberty, Mr. Gorgas, le pidió que renunciara el puesto para el que obtuviera los sufragios de sus compatriotas. Proponíase el distinguido funcionario norteamericano que el nuevo congresista fuera nuestro primer jefe de Sanidad. El doctor Malberty no le complació, prefiriendo defender los intereses de su pueblo desde el sitial que éste le había señalado.

Ya en la Cámara de Representantes, cuya presidencia llegó a ocupar, pudo mostrar aun más sus facultades, presentando una serie de proyectos, conocidos del lector, entre los cuales descuella: la creación de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. Pertenece también a nuestro biografiado la iniciativa para dotar a nuestra universidad de la cátedra de Enfermedades Nerviosas y Mentales. El proyecto presentado en sus últimos tiempos de legislador, no llegó a discutirse, pero más tarde se reprodujo.

En el extranjero, donde la personalidad del ilustre mentalista es muy estimada, ha conquistado honores, bien designándosele secretario de la Sección de Enfermedades Mentales del II Congreso Pan Americano, ora ejerciendo de médico de la Compañía Inglesa del Puerto de Veracruz, ya miembro de la Sociedad Médico Psicológica de los Estados Unidos y otras veces siendo mencionado con aplausos por las publicaciones científicas.

La República ha querido también utilizar los conocimientos del doctor Malberty; y vímosle presidiendo la Junta Administrativa del Hospital de Dementes. A sus eficaces gestiones debe el asilo —más que hospital, inmundo depósito de locos, como le bautizara en un informe— las mejoras tales como la colonia agrícola, el pabellón nombrado de Melancólicos, y el hidroterápico, perfectamente condicionados.

Ninguna de estas obras lleva, a manera de recuerdo, el nombre del que las concibiera.

Al cesar en la Cámara el antiguo director de Mazorra, fue nombrado inspector general de Dementes por el presidente de la República, general José Miguel Gómez.

Pocos meses antes de cesar en su cargo el ilustre biografiado, presentaba un informe al entonces director de Beneficencia, doctor M. Duque, señalando las deficiencias que aún se advertían en el Hospital de Mazorra; exponiendo los medios para corregirlas, sin omitir censura alguna creída justa.

Al revés de otros muchos funcionarios, que sólo se cuidan de hacer resaltar la parte de bondad de sus gestiones, en un como ruego hipócrita de aplausos, el doctor Malberty se complació en exhibir defectos, atento al bien de los enajenados confiados a su vigilancia; consciente de que así mejor servía a la República al par que desempeñaba humanitaria misión.

Pocos días después de efectuarse el cambio de gobierno (1913) ocupando la presidencia de la República el mayor general Mario G. Menocal, fue declarado cesante en su empleo el doctor Malberty. La filiación política de éste, su amistad estrecha con el jefe del Partido Liberal, doctor Alfredo Zayas, las campañas de nuestro biografiado en pro de la candidatura Zayas-Hernández —a cuyos señores representó durante la propaganda electoral a través de la provincia de Oriente— parece decidió al Gobierno a privarse de los servicios del afamado mentalista.

Pertenece éste a la prestigiosa Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana; ha sido director de la revista «Archivos de Medicina Mental»; es miembro de la benemérita «Sociedad Económica de Amigos del País», figurando como presidente de la «Asociación de Propietarios del Cerro»; fue tesorero de la Comisión del Monumento al Apóstol Martí y vocal de la encargada de recolectar fondos para la erección de una estatua al gran caudillo Máximo Gómez, ocupando el año 1913 la presidencia de la patriótica «Asociación de Emigrados Revolucionarios», en cuyo discurso de toma de posesión, «fijó el credo y marcó el rumbo».

Político el doctor José A. Malberty, su actuación ha sido noble, levantada, respetuosa con el sentir de todos, caracterizando sus actos un amplio espíritu de justicia con el adversario.

A raíz del cese de la soberanía española en nuestra tierra, tomó parte principalísima en las deliberaciones de aquel grupo de cubanos que reuníase en el Club Antillano laborando a favor de nuestra nacionalidad.

Personalidades eminentes como el doctor Enrique J. Varona, vicepresidente más tarde de la República; el doctor Juan J. Maza y Artola, blasón de nuestro Senado; el doctor José R. Villalón, prestigioso catedrático de la Universidad; el doctor Francisco Carrera Jústiz, otro de nuestros intelectuales; el doctor Emilio de Junco, secretario en el Ejecutivo Nacional du-

rante la presidencia del general Gómez; Mayía Rodríguez, el valioso soldado de la Patria; Antonio Martín Rivero, nuestro cultísimo diplomático; Pierra y otros muchos patriotas, concurren a la pequeña asamblea de hombres de buena voluntad, de la cual surgió aquella Liga Nacional que marcará los cimientos sobre los que debía descansar la personalidad política cubana, exponiendo los óptimos derroteros en un programa de altos principios democráticos.

Durante aquel período, que podemos llamar embrionario de la verdadera nación, los partidos políticos en formación afanaronse por contar entre sus miembros al compatriota cuya biografía, a grandes trazos, vamos apuntando.

El doctor Malberty figuró en el Republicano, apartándose de éste cuando, transformando su programa agregó a su nombre el apellido «Conservador». (Luego se realizó la fusión de los Republicanos Históricos con los elementos que sustentaban la propia doctrina liberal, y en el partido de este nombre, producto de esa unión, vemos al doctor Malberty).

Una línea recta indica su conducta en los asuntos públicos.

Personalidad que se destaca con relieves propios en las filas del liberalismo (siendo delegado a la Convención Nacional y miembro del comité ejecutivo) su misma importancia hizo recelar al Gobierno cuando la revolución de agosto (1906) se produjo, y determinó su encierro en presidio, acompañando a los generales José Miguel Gómez, Carlos Mendieta, Castillo Duany, Monteagudo y a los señores Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado.

La propia celda que estos políticos ocupaban, aguardaba a los doctores Alfredo Zayas y Pelayo García; pero éstos lograron escapar a la acción de las autoridades.

La Asociación de Emigrados Revolucionarios confió nuevamente su presidencia al doctor Malberty y el Partido Liberal, ratificando su estimación a nuestro prohombre, le incluyó entre sus compromisarios presidenciales por La Habana, cuya asamblea, al constituirse presidió —por la voluntad expresada en la votación— de sus compañeros.

Cubano enamorado del bienestar de su patria, a quien el patriota integérrimo que se llamó Gonzalo de Quesada, hablaba en lenguaje fraternal de sus grandes aspiraciones con respecto a Cuba; el ilustre compatriota objeto de nuestras líneas ahora, manteniéndose fiel al credo del inmenso Martí, perdonó pasados enconos, diciendo en hermoso discurso ya citado: «... es necesario que impere un amplio espíritu de concordia y de amor puro entre todos los que vivimos en esta tierra, regada con la sangre generosa de nuestros antepasados que aspiraron a fundar en Cuba el régimen de la libertad».

Y agregaba en una noble explosión de sentimientos liberales: «Dejemos moverse en sus esferas respectivas a las agrupaciones políticas, históricas, económicas, científicas y demás que constituyen nuestra colectividad; pues cada una de ellas realiza una labor útil y ejerce saludable acción para Cuba»; debiéndose predicar «en todo tiempo y lugar la paz y concordia —a que antes aludí—, llevando con la palabra, la acción y el ejemplo a la conciencia popular el santo amor entre todos los habitantes, nacidos o no, en esta tierra».

Instantes desgraciados de oscuridad en muchos cerebros han traído dolorosas horas de angustia nacional. Aún se vierte sangre de hermanos en el suelo patrio.

Es en esos momentos de inquietud y de peligro cuando pónese a prueba el temple de los hombres.

Apenas circuló la noticia de que una guerra civil, naturalmente más densas sombras, proyectaba sobre el horizonte de la Patria, el doctor Malberty convoca a los Emigrados Revolucionarios que preside, y haciendo buenas sus palabras anteriores, les ruega el día 12 de febrero —y su petición es atendida— «hacer un sentido llamamiento a los corazones todos para que se abandone la senda emprendida y vuelva a reinar el espíritu de concordia en esta tierra privilegiada, en la que todos estamos obligados a cooperar a la más firme consolidación de las instituciones patrias, sometiendo los asuntos todos que nos atañen a los procedimientos que aconseja la razón inspirada en la expresión firme, serena y armónica del más acendrado patriotismo, a fin de que la sangre de hermanos no manche el suelo de la Patria, y que no se destruya en horas, al obra legendaria y sublime de tantas generación de héroes y mártires que cayeron para alcanzar y poder legamos como reliquia sagrada la independencia y soberanía de nuestra amada Patria».

Cuantos han observado la marcha de los sucesos nacionales en estos días de grandes zozobras, y la actuación de nuestras principales figuras políticas, han podido apreciar la alteza de miras que inspiraran las resoluciones de nuestro biografiado; todas en consonancia con lo que ha sido la bella característica de su vida: la rectitud de carácter, el desinterés personal y el más acendrado patriotismo.

Consignémoslo para orgullo de todos.

La Habana, junio de 1917.